



www.loqueleo.com

Las primas del primíparo Juan

© 2008, Francisco Montaña Ibáñez

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-11-6

Impreso en Colombia

Impreso por Colombia por Colombo Andina de Impresos S.A.S.

Primera edición en Alfaguara Juvenil Colombia: julio de 2008

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: mayo de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

LAS PRIMAS

DEL PRIMÍPARO JUAN

FRANCISCO MONTAÑA IBÁÑEZ

loqueleg

*A Rafael, mi papá,
a su memoria, a su sonrisa.*

*Para todos los que alguna vez
estuvieron en ese apartamento.
Para todos los que han estado
o estarán en esa universidad.
Para todos los que lo recuerden,
para los que lo quieran olvidar.*

La llegada

(El placer de la masa. Las sorpresas del color
y la razón de un muro carcomido)

9

Caí con los pies juntos sobre las piedras redondas de la calle y me limpié el sudor que escurría a chorros por mi frente. A mi espalda, la camioneta con las cosas estaba ya casi vacía y el chofer que la abuela había contratado para llevarme sostenía el mismo palillo entre los dientes y esa inmutable desidia que no lo dejaba ayudarme a descargar. Según él, alguien tenía que cuidar las cosas, sobre todo en este sitio. Ese sitio era una calle muy angosta rodeada de edificios de dos y tres pisos situada en el viejo corazón de la ciudad. Claro, era posible que el corazón de la ciudad no fuera tan sano. Pero, aún así, no entendía la prevención del hombre; por mi parte nunca me había sentido más seguro que aquella mañana mientras miraba las ventanas adivinando tras ellas el tranquilo y pacífico sueño de sus habitantes. No solo era demasiado temprano, sino además domingo, pero así le gustaba organizar las cosas a la abuela: ahora o nunca. Saqué las últimas cajas por la puerta trasera de la *Chevy Van* y le entregué los billetes al chofer un instante antes de

decirle adiós. Le eché una mirada a la línea de edificios que terminaba en la pequeña plaza y me detuve con curiosidad en el ángulo de un muro que parecía masticado. Un poco más arriba, tras las cortinas sucias de una ventana, descubrí la mirada curiosa de una mujer de cara arrugada y nariz larga. Nos examinamos un momento, yo lo hice con desca-
ro; en ese momento me sentía bastante osado y miré con insistencia a la anciana que parecía no poder desprenderse de mí hasta que mi osadía la obligó a retroceder. A pesar de la distancia alcancé a notar que sus mejillas enrojecían y levantaba la nariz ofendida. Se escondió cerrando la cortina de la ventana y yo, abrazando mi primer triunfo, entré al zaguán del viejo edificio.

En la oscura escalera que llevaba al apartamento encontré a Rosario que parecía dormida todavía. Con sus manos calientes por las cobijas recibió un paquete que amenazaba caerse de mi dedo meñique y entendí que no eran más de las ocho y media. Al llegar con mi trasteo Rosario me había abierto las dos puertas: el portón de abajo, que estaba custodiado por tres cerraduras que se debían abrir en un determinado orden combinando los movimientos de las llaves con presiones diversas sobre la puerta, y la del apartamento, que en cambio abría con una llave delgada y corta que se habría partido en caso de ser obligada a soportar al ajetreo de sus hermanas de los bajos; pero una vez abierto el camino para introducir mis cosas en la nueva morada me había confesado que nunca un domingo, pasara lo que pasara, se levantaba de la cama antes de las ocho y media. Y como todavía eran las ocho, tenía media hora más. No

me ayudó con el ajetreo y tampoco me pidió excusas, simplemente bostezó muy cerca de mi cara, entornó los ojos y desapareció en la penumbra del corredor. Así es que en la mitad de la sala estaban todas mis cosas —que en realidad no eran tantas, ni tan mías— tal como las había podido acomodar sin perturbar el sueño de Rosario. Ningún hada, ningún milagro, ningún golpe de fortuna me había ayudado a organizarlas y estaba seguro de que allí seguirían hasta que por lo menos supiera dónde ponerlas. Era la primera vez que estaba en el apartamento: era estrecho pero en cambio era muy, muy largo. Lo que se veía a primera vista: la pequeña sala, el baño y la cocina, eran una forma geométrica que se repetía por lo menos cuatro veces más de forma casi idéntica, siguiendo un corredor que unía las partes hacia un lejano fondo.

11

—Panqueques y waffles con miel del monte y mermelada de fresa —anunció Rosario. Me quedé mirándola un momento tratando de entender de qué me hablaba. Esperaba una indicación como: “Al cuarto del fondo”, o “En el segundo de aquí para allá”, pero el olor de la masa asándose y la idea de la miel derritiéndose sobre ella, caliente y firme me subyugaron. Dejé de lado las ganas de acomodarme de inmediato y me libré al gozo que prometía el primer desayuno en mi nueva vivienda y el segundo de aquel domingo. Me disponía a tragarme otro panqueque envuelto en la sana glotonería que emanaba de la cara sonrosada y alegre de Rosario, cuando un violento estruendo de latas estrujadas por poco me obliga a tirarlo. Miré a Rosario y vi que seguía masticando despacio y con método, sin perder un solo

gramo de la maravillosa substancia que compartíamos. Pensando que se trataba de algo grave corrí a la ventana para averiguar lo ocurrido. La calle estrecha estaba vacía y las ventanas del edificio del frente, que se encontraban muy cerca de las nuestras, parecían tan dormidas como antes. Volví decepcionado a la cocina. Rosario seguía dándole pequeños mordiscos al rollo de masa con toda su humanidad concentrada en el acto. El pito de la calentadora de agua la obligó a detenerse. Pronto un maravilloso aroma a té inundó la cocina y olvidé el incidente y la curiosidad que me había producido. Disfrutaba esta nueva manera de compartir una comida. Por lo general cuando comíamos en mi casa alguien siempre estaba hablando, tanto, que muchas veces parecía que ya las palabras no importaban, sino que bastaba con el grato sonido de la voz humana, con la conversación entremezclada, con el parloteo. En cambio Rosario y yo simplemente nos habíamos mirado, y solo habíamos dejado escapar una que otra exclamación de placer y los sonidos de la comida; los dientes y la boca en lugar de convertirse en algo desagradable eran justamente lo que nos unía. Además, como dije, estaba dispuesto a maravillarme con todo. Me sentía osado y con el primer sorbo de té estuve a punto de conocer el éxtasis. Sin embargo el mismo estruendo sumado a un motor acelerado y a una maldición incomprensible me impidió alcanzarlo.

—Voy a mirar. Pasa algo... —anuncié.

—Sí, ya sé... —me detuvo Rosario ofreciéndome otro panqueque. Estaba realmente lleno. Siempre he tenido el

estómago delicado, pero era incapaz de negarme a esa mano extendida con un plato sobre el cual reposaba un círculo dorado esperando que extendiera sobre él un chorro de miel y lo convirtiera en un rollo que podría masticar sin esfuerzo y tragar con suavidad. No soy un goloso, nunca lo he sido, pero no podía resistirme y me quedé a su lado convirtiendo mi deseo en realidad.

—Es Orlando sacando su carro —me explicó Rosario—. Es muy grande para el garaje que tiene y él siempre está muy borracho. La víctima es el muro de la esquina.

13

No pude resistir y con el panqueque enrollado en la mano corrí a asomarme nuevamente por la ventana de la sala. En efecto, alcancé a ver la cola del gran automóvil viejo desprendiéndose del muro machacado que había llamado mi atención. Entonces eso era; como siempre, todo tenía una explicación.

—Me alegra que estés aquí —me dijo Rosario sonriendo cuando terminó de comer y se dedicaba a beber su té. Respondí con una sonrisa. Realmente a mí también me gustaba, me hacía sentir independiente, mayor—. Para algo es la familia, para apoyarnos. —Eso en cambio, no me alegraba. Por supuesto éramos de la familia, pero también se podía detestar a la familia. No era por tener los mismos apellidos que me sentía contento de estar allí, con ella. En cambio, esa idea parecía ser fundamental para mi prima.

—Somos primos. Es casi como si fuéramos hermanos. Espera que me bañe y te ayudo a arreglar todo... —aseguró terminando de hacer otra tanda de panqueques. Los miré

asombrado preguntándome quién sería su destinatario. En ese momento dudé de la bondad familiar. Si eran para mí, mi prima con ellos quería iniciar mi eliminación gástrica.

—Son para Natalia y Lalo —explicó cuando terminó de hacerlos.

—¡Ah! —fingí comprender porque ya no tenía a quién preguntarle quién diablos era Lalo. Natalia era mi prima, la hermana mayor de Rosario, que ya estaba cantando bajo el chorro de la ducha.

14 Todo empezó a parecerme un poco extraño. No me sentía exactamente incómodo, pero sí tenía cierta incertidumbre que alejaba mi euforia inicial. Me quedé mirando por el ventanuco de la cocina que daba a una pared sin pañete y descubrí rastros de moho negro en las uniones de los ladrillos. Era claro que la casa de la abuela estaba mejor, si de eso se trataba. La cocina era amplia, limpia, luminosa y siempre había alguien distinto a nosotros que cocinaba, y nosotros éramos básicamente la abuela y yo. Pero ya no estaba en casa de la abuela, estaba en el apartamento de la tercera como le decía en tono seguro la anciana, cuando hablaba de él.

—Hola —dijo una voz dormida a mis espaldas. Al volverme a mirar no pude creer lo que veía: se trataba de un joven, poco mayor que yo, flaco y pálido como nadie. Se quitó un mechón de pelo castaño y lacio que caía sobre sus ojos y me sonrió. Acomodó su estructura esquelética sobre una banca apoyándose en tres puntos: las nalgas y los talones. Pensé que se iba a clavar las rodillas en la quijada, pero se sirvió una taza de té y con el plato en la otra mano se dis-

puso a devorar su desayuno sin hacer más preguntas. Tenía que ser Lalo. Me di cuenta de haber estado mirándolo sin detenerme y me sentí avergonzado.

—Con miel quedan mejor —fue lo único que se me ocurrió decir confirmando lo que Lalo había empezado a hacer. Sonrió de nuevo achicando los ojos que no levantó de sus manos y continuó con su trabajo. Estaba realmente desconcertado, repentinamente sentí que perdía toda mi seguridad y quedaba sin saber qué hacer ni qué decir. Pero mi desconcierto no duró mucho más tiempo. Una mano larga le arrebató a Lalo el panqueque y se lo llevó a la boca. La boca era de Natalia y ella, mi prima, resultó ser muy distinta al recuerdo que yo tenía. Pensé que las cosas empezaban a rebasar mi capacidad de sorpresa a pesar de la disposición que creía tener para soportar, e incluso disfrutar las novedades.

15

—Tú debes ser Juan —balbuceó Natalia con la boca llena de masa. Yo asentí con un lejano “Hujum”, que me pareció apenas audible. —La abuela nos avisó ayer que te mandaba para acá.

Definitivamente las cosas no estaban bien. Era cierto que la decisión había sido de la abuela y que era ella la que había dispuesto todo para que me mudara al apartamento del centro, pero también era cierto que sin mi propia voluntad nada habría ocurrido y lo que más esperaba en ese momento era un mínimo reconocimiento a mi existencia, es decir al fantasma de mi voluntad; de haber sido así, nadie habría dicho que me “habían mandado”. Pero de la misma manera que pasaba siempre, no supe cómo reclamar el cré-